



Amores y tiempos

Relatos

Antonio García Velasco

AMORES Y TIEMPOS

Relatos

Antonio García Velasco

Índice

Primera parte: Relaciones

El pintor del mar y la cureña	7
El arte paleocristiano y la llamada	17
El cuculí y el colesterol	21
La honesta muchacha y el ermitaño	25
El aire se serena y viste de hermosura	33
El pantalón descosido y la desgana	39
El viaje de regreso y la verja romántica	43
La medicina y el circo de los titiriteros	45
La lotería y los temores al cambio	47
El retraso de los músicos y la reconciliación	51
El misterio de la medusa y la menestra	57
Las figuras de tangram y el homenaje	65
El yogur y las noches calurosas de agosto	69
El harén de Hixcén y la hermosa Halewa	73

Segunda parte: Soneto de cuentos breves

La pensión de expresidente	83
Emigración del talento	87
La prima de Riesgo	91
Carminativos destartalados	95
Reforma laboral	99
Los números de la bestia	103
Navidad sin consumo	107
Crónicas electorales marcianas	111
El coche fantástico	115
La presunta madre del segundo hijo de Dios	119
Reivindicación hispanogoda	123
La familia de José	127
El jalisciense de la crisis y el positrón	133
Los trinos amarillos del canario	137

Primera parte

Relaciones

EL PINTOR DEL MAR Y LA CUREÑA

cureña. (De curueña).1. f. Armazón compuesta de dos gualderas fuertemente unidas por medio de telas y pasadores, colocadas sobre ruedas o sobre correderas, y en la cual se monta el cañón de artillería.

Unas veces se sentía turbado, afectado por insuperables vahídos y, en otras ocasiones, tenía la fuerza y actividad de un ciclón. Según lo vieses sus amigos en uno u otro estado de ánimo, lo llamaban Ciclón, Huracán o, simplemente, Anticiclón. Ni en uno ni en otro caso era de fiar: por imprevisible. Sin embargo, fuera del círculo de amistades, tenía la consideración de persona egregia, distinguida, con méritos que lo apartaban del común de los seres humanos.

Las razones de esta distinción de personaje ilustre se encontraban en que había sido, es todavía, un pintor cuyas obras se cotizan fuertemente en las prin-

cipales galerías del país y en algunas internacionales. Muchos museos pujaban –y pujan– en las subastas para poseer sus cuadros. Pocos pintores han plasmado el mar como él en la infinidad de los matices marítimos, con técnicas pictóricas tan variadas.

Cuando yo lo conocí se acercaba a los cincuenta años y pasaba por un período de plena actividad. Nos habían presentado en una exposición. Yo estudiaba Bellas Artes y su obra me interesaba por sí misma y por las numerosas técnicas que empleaba. A él le interesó mi figura y me pidió que posara para sus desnudos. Me pagó bien. Me pintó en doscientas treinta cuatro posturas diferentes. Al fondo, tras mi figura, el mar, siempre el mar. Después de tan frenéticas sesiones de trabajo, cayó en la depresión, víctima de continuos vahídos.

Continué visitando su taller. Pero no había forma de levantarle el ánimo. Un día se me ocurrió lla-

marle "váguido" y me miró con ojos fulminantes. Sentí las ascuas de sus pupilas, el reproche...

–¡Bastante desgracia tengo! –exclamó– ¡No es justo que vengas a insultarme!

–No ha sido mi intención. "Váguido" se llama a la persona que sufre vahídos y tú los sufres.

–Pero no es preciso que vengas a recordármelo.

–Disculpa –e intenté salir del taller.

–Espera, mujer –respondió–. ¿Por qué crees que me gusta pintar el mar? El mar es también un ser de calmas y de huracanes, de momentos apacibles y de tormentas insufribles. Me siento el mar. En todos los cuadros en los que tú apareces, el fondo es el mar, como si quisiera envolvarte en mar, en mis brazos. Comprendo, Sonia, que es imposible. Tengo ya mu-

chos años y tú eres una estudiante que tiene toda la vida por delante. Pero ello no quita los deseos. El arte, en cierto modo, es el deseo de atrapar, de crear lo que no podemos tener en la realidad... Ya te lo he dicho. Pero, por favor, Sonia, no me llamas váguido.

Me eché a llorar como una tonta.

Abandonó completamente su tumbona y se acercó a mí.

—Sonia, no llores. Has sido para mí como la cu-reña que sostiene mis impulsos. No llores, por favor.

—Perdona —dije—. Tengo un compromiso. Lo tenía desde antes de conocerte y, con dificultad, consiente en que venga a verte, sobre todo en que pose para ti.

—Nunca me habías dicho que tuvieses novio.

–Lo tengo.

Se transformó en huracán, un huracán temible, un huracán que amenazaba con romper los lienzos en los que destacaba mi desnudo.

Antes de que pudiera detenerlo, había roto los primeros que tenía a su alcance. Comencé a gritar. Acudieron varias personas de la casa, entre ellas, su representante y dos galeristas con los que ya tenían firmado un contrato.

–¡No lo hagas, no lo hagas!

Lo retuvieron a duras penas. Y cayó de nuevo en un vahído del que no volvió a reponerse en mucho tiempo.

Decía que no quería verme ni quería saber nada de sus cuadros en los que aparezco. Murmuraba permanen-

temente: "También se muere el mar. De amores imposibles, también se muere el mar". Se negaba a pintar. Su representante trataba de convencerme para que volviera, pero, ¿cómo? Por una parte él repetía continuamente que no deseaba verme y Roberto, mi novio, amenazaba con romper conmigo si volvía a posar desnuda. Incluso si visitaba al pintor. No tenía elección. Por una parte, me sentía culpable por truncar, presuntamente, la carrera de un pintor universal. Por otra, siempre había querido a Roberto.

Pasados los años me casé con el pintor. Cuando descubrí el engaño de Roberto, sin pensarlo, como siguiendo un impulso, me presenté llorando en el taller. Él se quedó paralizado, indeciso, sorprendido. Pero se acercó a mí.

—Sonia, hija, mi amor, ¿qué te pasa?

Que me llamara “mi amor” me traspasó el alma.